

# Esa noche

Alejandra Vega



# Capítulo 1

Volví a pensar que era posible, un día lo había abandonado todo para creer que era posible y tanto tiempo después fue así, que no lo era.

Haber perdido tanto tiempo no fue el problema como lo dije en su momento, en realidad el problema era la forma en la que había sido invertido ese tiempo, ese lapso de vida que condenaba mi futuro a vivir creyendo que era verdad la idea que un día en su momento me aterró, todo estaba en mi cabeza.

Me levanté una mañana aturdida, cansada y triste, los colores se habían extinguido del mundo simplemente, pero no me di cuenta hasta que habían pasado horas y fue como abrir los ojos pero mantenerlos cerrados, si bien no veía toda la oscuridad de la noche anterior, tampoco había luces que difirieran de la alegría que era levantarse y ver la luz amarilla del amanecer. Todo era una escala de grises, naturaleza muerta y sin encanto que se movía con la presencia de un viento que seguía siendo invisible.

Toque mis manos, pero todo rastro de aturdimiento, cansancio y tristeza había desaparecido junto con mis sensaciones, estaban ahí, pero eran simples impulsos nerviosos en mi cuerpo dirigidos por mi cerebro, podía sentir la irrealidad en ellos, la misma que veía en el paisaje, y ni siquiera podía decir que me extrañaba porque simplemente estaba ahí existiendo y observando, era claro, ya no era yo parte de ese mundo, no estaba muerta, podía sentir el roce de mi mano, el colchón donde estaba sentada; pero ya no estaba ahí en cierta parte lo onírico, lo maravilloso que se sentía respirar, ser feliz e incluso estar triste, eso había terminado esa noche.

La noche anterior quise morir, no despertar en un mundo gris y extraño, no quería vagar como un fantasma sin propósito ni seres queridos para observar tristes, y ahora solo era una masa de carne, de igual manera podía sentir como la máquina biológica que era mi cuerpo, pero algo se había roto; cierta magia o esencia, el dolor que me aquejaba se había ido, quise sentir nostalgia por ello pero me di cuenta que también de cierta manera había terminado con eso. Volví a mi, me descubrí comiendo una comida que sabía a algo pero no terminaba de encontrar de qué manera me satisfacía, era simplemente el acto de proveer un cuerpo de combustible. No importaba, solo mi cuerpo pedía hacerlo.

Me di cuenta que se había terminado, que no había otra forma más terrible de haber muerto, que ya no importaba el color de las cosas, el sabor ni las formas y que las texturas solo hablaban de formas no de sensaciones, que Sartre al sentir la Náusea incluso, había sido afortunado y que Gregorio Samsa al sentir asco de sí mismo por lo menos había

sentido algo.

Más tarde me hundí en la cama, había arrugas en las sábanas, no importaba. Había comido, hecho las labores del día y no quedaba más que descansar el cuerpo que me albergaba, así que me recosté, apagué las luces y me hundí en la cama y en la oscuridad con los ojos abiertos. Tuve la certeza de que existía, el mundo se había comportado exactamente de la misma manera que todos los días anteriores y los anteriores a esos, y así, sin más dolor, sin más agonía más que la plena incertidumbre de lo que me había pasado, fui sintiendo la necesidad biológica de ir olvidándome de mi existencia esa misma noche.

Al otro día abrí los ojos, me despertó un cúmulo de emociones, soñé haber estado enamorada, ver sus ojos y sentir sus brazos rodeando mi cuerpo: escuchar claramente su voz diciendo que era posible, que se quedaría. Pero segundos después, todo se aclaró, el cielo seguía siendo gris; me levanté aturdida y regué las plantas.